Fidel Castro en la perspectiva estadounidense. El primer año de revolución

*Enrique Camacho Navarro**

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es ilustrar sobre las visiones que se tuvieron en Estados Unidos en el primer año de la experiencia revolucionaria castrista, con atención especial a la consideración dada al líder cubano. Como objeto central de estudio se consideró originalmente el análisis de aquellas obras escritas y presentadas en forma de libro por autores estadounidenses, aunque luego se hizo necesario incorporar la presencia que tuvieron las descripciones o apreciaciones periódicas ubicadas dentro del marco temporal, es decir, el año 1959. La decisión de centrar este estudio en ese año responde al hecho de haber encontrado que en ese periodo se conformó una imagen de la revolución que correspondía a la dinámica política creada por los antecedentes sentados desde la década de los cuarenta, a partir de la influencia que en la región del Circuncaribe hispano tuviera el desarrollo de movimientos de carácter democrático.

En 1959 era poco común encontrar referencias que reflejaran la creencia de que los sucesos en Cuba se identificaban con una trayectoria comunista. Más bien se veía a los castristas como abanderados de una experiencia política defensora de la democracia y sustentadora de un proyecto liberal. Desde 1960, parte de la historiografía

* Investigador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM.

política acerca de Cuba reflejó la polémica sobre el verdadero carácter del movimiento revolucionario. Por un lado, sus detractores deseaban marcar la influencia de la ideología comunista como resultado del conflicto de la guerra fría, mientras que, por el otro, aun dando por hecho que hubo casos que no aceptaron la imposición de ese calificativo, varios de los autores que simpatizaban con la Revolución cubana adoptarían una actitud de defensa a la filiación pro soviética, al situarla como única salida que el imperialismo estadounidense había dejado dentro de la lucha por alcanzar mejores sociedades. En ambas corrientes se dejó de lado toda reflexión sobre aquel antecedente histórico propio, es decir, el desarrollado dentro de la región circuncaribeña. Ante tal situación, con este trabajo se quiere mostrar que aun dentro de la visión estadounidense de 1959 es posible hallar una representación del caso en la cual prevalece, aunque no del todo, una actitud que revela que no se identificaba plenamente a los ideales revolucionarios cubanos con la tendencia comunista que luego se le atribuyó.

Este artículo se apega a la visión que se tuvo de Fidel Castro, ya que los textos editados en los primeros meses de la revolución se ubican en los intentos de explicación del caso cubano a partir de la disputa motivada por sus líderes, entre quienes, por obvias razones, se dedicó especial atención a Castro. Unas palabras más sobre el porqué se analiza una temática en la que el punto central es la figura de Fidel Castro, las respalda el reconocimiento histórico que él tiene, en la abundante información que gira a su alrededor, en la presencia política que ha mantenido vigente por más de cuarenta años en el panorama latinoamericano, así como por las repercusiones que incluso tiene su participación en la formulación de propuestas dentro de las relaciones internacionales, tal como lo refleja la celebración de la Cumbre Iberoamericana que se efectuó en La Habana en el año 2000. Con todo lo anterior, se justifican las razones para tener un nuevo acercamiento a esa tan polémica y atractiva personalidad.

FIDEL CASTRO EN LA VISIÓN ESTADUNIDENSE

Mucha razón tiene quien ha afirmado que los estudios sobre el conflicto cubano-estadunidense han dejado de lado el análisis de los

hechos en general, manteniendo una polémica específica en torno a los dirigentes de la isla.¹ Algunos estudiosos pensarían en la necesidad de hacer un riguroso seguimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países,² pero también existe la posibilidad de que aparezcan intentos de crear trabajos biográficos marcados por una “lucha contra déspotas o revaloración de fantasmas”.³ Del año que aquí se estudia, 1959, se detectó que en toda publicación comúnmente la presentación de Fidel Castro era la de un hombre de características excepcionales, la de un líder carismático e idealista a ultranza. Eso mismo ocurrió con la producción historiográfica editada en Estados Unidos, la cual también impuso la presencia del personaje como ejemplo de la posibilidad de liberación que se oponía a la presencia villana de los dictadores latinoamericanos. Dentro de amplios sectores de Estados Unidos, tal como sucedía en otras partes de América Latina y Europa, durante 1959 no se creía en la posibilidad de que se presentara una alternativa comunista en Cuba.

Para la historiografía estadounidense interesada en el estudio específico de los años previos al triunfo de la Revolución cubana y a los primeros que le siguieron, no existe objeción en reconocer una diferencia histórico-política entre la dinámica que prevaleció en esa época, desbordante de ideales, y la que se vivió a partir de 1961 con la declaración socialista de la experiencia cubana. Sin embargo, pese a los numerosos e importantes estudios sobre la imagen de Castro y la Revolución cubana en Estados Unidos, ha predominado el análisis hemerográfico, y se puede afirmar que no existe el de carácter historiográfico. Hay estudios acerca de la información contenida en los medios periodísticos,⁴ pero no sobre el significado de los libros rela-

¹ Lucinda Garza Cárdenas, “Cuba y Estados Unidos, 1959-1961. Evolución e interpretación de un conflicto” (México: El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, 1970).

² Como se aprecia en la tesis de Lucinda Garza y en el libro de Jules R. Benjamin, *The United States and the Origin of the Cuban Revolution. An Empire of Liberty in an Age of National Liberation* (Princeton: Princeton University Press, 1990).

³ Así lo expresa Madeline Sternlicht en “Man or Myth. José Martí in the Biographies of Jorge Mañach, Alberto Baeza and Ezequiel Estrada” (Columbia University, tesis doctoral en Literatura, 1976).

⁴ Véanse Gerald Edward Cooke, “News Media Perception and Projection of the Castro Rebellion, 1957-1958: Some Image Theme Affects in the Foreign Policy System” (College Park,

tivos al tema de Castro y la revolución. Si acaso es posible encontrar una muy mínima referencia a las obras que ofrecían una imagen de los hechos que acontecían en la isla revolucionaria. Además, en la historiografía latinoamericana no ha importado la existencia de una fase del proceso revolucionario cubano en la que la posición que se adoptó en Estados Unidos influyó en la trayectoria de aquel fenómeno político. Ambos aspectos, el inexistente análisis historiográfico de 1959 y la despreocupación que desde América Latina se muestra por el conocimiento de la actitud estadounidense sobre el caso cubano durante el mismo año, justifican la pertinencia de este artículo.

Aquí no se hará una historia de 1959, en la que se narren puntualmente los hechos ocurridos, ni se destacarán las formas de conducción de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba, aunque se entiende la necesidad de las referencias históricas que ampliarían la comprensión de lo que se quiere presentar. Se analizarán los textos estadounidenses en los que Castro aparece como tema central, para que, luego de conocer lo que se dice de él, se presente una serie de explicaciones para entender por qué razón se interpretó de una u otra forma al famoso guerrillero.

Castro ha sido el primer líder revolucionario que tuvo a su disposición distintos canales de persuasión. Su imagen en la isla ha tenido, desde 1959 a la actualidad, una presencia constante. Verlo o escucharlo, en más de una ocasión al día, ha sido y es algo muy normal entre los cubanos.⁵ En cuanto a su presencia en el exterior, la situación no es muy distinta, ya que no es extraño encontrarlo en muchas partes del mundo en una de sus distintas representaciones, ya sea en un sencillo afiche, en las noticias televisivas o periodísticas, o representado y estudiado en libros. Ello siempre en respuesta al simbolismo carismático que lo caracteriza.

Poco después de que Fidel Castro saliera de México y llegara a Cuba el 2 de diciembre de 1956 con la intención de derrocar el go-

Md.: University of Maryland, tesis doctoral, 1969); William A. Ratliff, ed., *The Selling of Fidel Castro. The Media and the Cuban Revolution* (Nueva Brunswick: Transaction Books, 1987); John P. Wallach, *Fidel Castro and the United States Press* (Nueva Jersey: The Cuban American National Foundation, 1987).

⁵ Tad Szulc, "Cuban Television's One-Man Show", en Robert Lewis Shayon, ed., *The Eighth Art* (Nueva York: Rinehart and Winston, 1962), 198.

bierno de Fulgencio Batista, se iniciaría un proceso informativo que tuvo importantes repercusiones en la continuidad del levantamiento, para alcanzar el triunfo y definir la trayectoria que adquirió más tarde. Con una idea clara de la necesidad de difundir el desarrollo del movimiento, el jefe del 26 de julio propuso desde 1957 que se recurriera a los corresponsales extranjeros para contrarrestar la guerra publicitaria que Batista encabezaba, mediante la cual en verdad se perseguía desvirtuar el intento revolucionario y manipular excesivamente los hechos, entre los que se afirmó en un momento que Castro había muerto luego de los embates militares posteriores al desembarco.

Se pensó también en solicitar la presencia de reporteros estadounidenses que mostraran las circunstancias de la lucha armada perpetrada en Sierra Maestra. Ruby Hart Phillips, quien vivía en Cuba desde 1923, y Francis McCarthy, de *The New York Times* y de United Press, respectivamente, eran los únicos corresponsales de esa nacionalidad que permanecían en la isla a principios de 1957. El economista Felipe Pazos, que había sido presidente del Banco Nacional de Cuba antes del gobierno de Batista, y su hijo Javier, estudiante de ciencias económicas y miembro del 26 de Julio, le ofrecieron a Ruby Hart Phillips la posibilidad de entrevistar a Fidel Castro. Ante el temor de que lo pudiesen declarar persona *non grata*, no aceptó el ofrecimiento y sólo decidió actuar como intermediario para contactar a Hebert L. Matthews,⁶ quien actuaba como miembro del consejo editorial de *The New York Times* y como especialista en asuntos latinoamericanos.

En cuanto a Francis McCarthy, su destino no correría la misma suerte que el de Matthews, es decir, no tuvo la posibilidad de entrar en contacto con los revolucionarios. Como jefe de la oficina de United Press, McCarthy se encargó de difundir la noticia de la supuesta muerte de Castro, noticia que se originó a partir de un informe militar del general Pedro Rodríguez Ávila, quien sustentaba la noticia con el hecho de que se había encontrado en un cadáver el pasaporte de Fidel. Al principio, la historia sí se creyó en Cuba y el extranjero, pero Batista perdería pronto su credibilidad ante la opinión pública cuando aparecieron las fotos de Fidel entrevistado por Matthews en

⁶ David Robert Jenkins, "Initial American Responses to Fidel Castro, 1957-1959" (Austin: University of Texas at Austin, tesis doctoral, 1992), 28.

Sierra Maestra. Castro nunca perdonó a McCarthy la difusión, tan a la ligera, de la noticia de su muerte, y el representante de la United Press tuvo que abandonar Cuba cuando triunfaron los fidelistas.⁷

Las entrevistas que realizó Matthews a Castro son de febrero de 1957. A partir de eso, y como el propio periodista lo reconoce, ni Cuba ni Estados Unidos volverían a ser los mismos.⁸ La corriente de apoyo hacia Castro que encabezaría Matthews no lo llevaría al poder directamente, pero sí le ofrecía la posibilidad de manifestarse como hombre de ideales, de coraje y con cualidades de héroe, lo que al fin de cuentas repercutió significativamente en el triunfo revolucionario.

Entre 1957-1958 los medios de información estadounidenses ayudaron a imponer, en la opinión pública, la imagen de Castro como luchador de la libertad y la democracia, como un revolucionario que no se amedrentaba incluso ante la posible pérdida de su vida. Muchos cubanos de la clase media adoptaron la imagen que provenía directamente de la prensa de Estados Unidos, o bien que se traducían y reimprimaban en la prensa cubana que no sufría los embates de la censura, como ocurrió con *Bohemia* y *Prensa Libre*.⁹

JULES DUBOIS Y LA SIMPATÍA POR LA REVOLUCIÓN

Las muestras de simpatía no se limitaron a presentar las cualidades de Castro y del movimiento, ya que la labor de los reporteros a veces trascendía el plano en el que actuaban como activos militantes en la lucha por la libertad, como lo muestra el caso de otro corresponsal estadounidense, Jules Dubois, cuya trayectoria necesariamente ha de mencionarse por su trascendencia en la promoción de la lucha revolucionaria.

La participación de Dubois como simpatizante del movimiento revolucionario cubano se manifestó mucho antes de la caída de Batista. Conoció a Castro desde 1947 y realizó diferentes visitas a Cuba.

⁷ Tad Szulc, *Fidel. Un retrato crítico*, trad. de Ramón Garriga-Marqués y Esteve Rimbau (Barcelona: Grijalbo, 1987), 426.

⁸ Hebert L. Matthews, *The Cuban Story* (Nueva York: George Braziller, 1961), 15-16.

⁹ Jenkins, "Initial American Responses...", 2.

El 6 de marzo de 1957 entrevistó a Batista,¹⁰ y sin duda desde allí conformaría su peculiar visión de la realidad político-social cubana. El 17 de marzo de 1958 Dubois mostraría que sus convicciones contra el dictador se habían vuelto una obsesión. En una visita que hizo a la cancillería de la embajada de Estados Unidos en Cuba, se presentó a Earl E. Smith, quien narra:

Cuando entró en mi oficina, sus primeras palabras fueron para decir que la caída de Batista era inevitable y para preguntar cuándo me uniría a los demás para librarme del hijo de p... Insistió en que no habría elecciones en Cuba y dijo que, en su opinión, el Departamento de Estado debía hacer una declaración que provocara el derrocamiento del gobierno cubano.¹¹

Dubois había suplicado al entonces embajador en turno que no permitiera que la Comisión Militar de Estados Unidos entrenara a los pilotos de Batista para bombardear al pueblo cubano, puesto que el ejército de Castro representaba y expresaba el sentimiento popular.¹² En la reunión de la Inter American Press Association (IAPA), celebrada en Buenos Aires el 8 de octubre de 1958, se votó a favor de otorgarle una medalla como “Héroe de la Libertad de Prensa”. Sin duda que esa designación es explicable debido a la labor que desarrolló en torno al caso cubano, ya que el periodista estadounidense no sólo se concentró en Castro como una figura atractiva que vendería gran cantidad de periódicos, sino que actuó de tal manera que también era patente la existencia de una concordancia con los intereses sostenidos por el líder revolucionario.

En enero de 1959, una semana después de que Fidel Castro entrara a La Habana, tres editores de Estados Unidos buscaban en Nueva

¹⁰ Jules Dubois, *Fidel Castro. Rebel, Liberator or Dictator?* (Nueva York: The News Bobbs-Merrill Company, 1959), de acuerdo con la información de la portada, y según datos de la fotografía que se encuentra en las páginas 208-209. Existe también una edición en español: ídem, *Fidel Castro. ¿Rebelde, libertador o dictador?*, versión de Agustí Bartra y Aníbal Argüello (México: Grijalbo, 1959).

¹¹ Earl E. Smith, *The Fourth Floor: An Account of the Castro Communist Revolution* (Nueva York: Random House, 1962), 89-90.

¹² Smith presenta una cita de un artículo publicado por Ed Sullivan en *The New York Daily News*, del 12 de enero de 1959, donde éste se retractaría de su adhesión a la idea de Dubois y de la oposición que mostró a Smith, quien estuvo de acuerdo en el bombardeo que se hizo contra las fuerzas de Castro. Véase Smith, *The Fourth Floor...*, 50.

York al conferencista principal de la convención anual de la American Society of Newspaper Edition (ASNE), que se celebraría a mediados de abril. Ellos pensaron, “¿qué tal Castro?” Todos estuvieron de acuerdo y muy entusiasmados, pues la curiosidad que despertaba en ese entonces el joven guerrillero en Estados Unidos era suprema. Don Maxwell, editor de *The Chicago Tribune* y uno de los reunidos, llamó esa misma tarde al corresponsal de su periódico en La Habana, nada menos que Jules Dubois, a quien le pidió que invitara a Castro. Al anochecer, Dubois llamó a Maxwell para informarle que el jefe rebelde había aceptado.¹³

La intermediación de Dubois, así como la respuesta favorable de Castro muestran que aquél había llegado a ocupar un lugar importante en el aprecio del comandante, quien conocía la importante labor del periodista en la promoción revolucionaria. Además, para Fidel la invitación era un buen momento para ir a Estados Unidos y promover un posible respaldo sin tener que hacerlo directamente ante las instancias de gobierno.

Su estancia motivó una amplia cobertura periodística, en la que predominaba la aceptación a los preceptos representados por el líder revolucionario. La inexistencia de libros que explicaran la candente movilización que encabezaba Castro se convertía en una carencia que no lograba ser superada sólo con un tratamiento periodístico. Los lectores que buscaban mayores explicaciones del derrocamiento de Batista y el ascenso de Fidel sólo encontraban alusiones limitadas sobre la nueva época. Por citar un ejemplo, en el libro de Tad Szulc, *Twilight of the Tyrants*, se hace una sola mención de la figura central de la Revolución cubana.¹⁴ Ante tal necesidad, aparecerían los primeros intentos por erradicar los vacíos de información.

LOS LIBROS DE CASTRO EN 1959. DUBOIS COMO MODELO

No es extraño que entre los periodistas estadounidenses que se habían interesado por la Revolución cubana se encontrasen los autores de

¹³ William B. Breuer, *Vendetta! Fidel Castro and the Kennedy Brothers* (Nueva York: John Wiley and Sons, 1997), 52-53.

¹⁴ Tad Szulc, *Twilight of the Tyrants* (Nueva York: Henry Holt, 1959), 4.

los libros editados en 1959, cuya finalidad era ofrecer la información sobre el tema. Uno de estos libros, de Ruby Hart Phillips, *Cuba, Island of Paradox*,¹⁵ cubre el periodo que inicia en 1930, con énfasis en las administraciones de Machado y Batista, hasta llegar a los primeros días del régimen de Fidel Castro.

Otras muestras de identificación con los ideales castristas se hallan en el libro de Ray Brennan, *Castro, Cuba and Justice*,¹⁶ quien en su calidad de corresponsal de *The Chicago Sun Times*¹⁷ también fue testigo de la lucha contra Batista en la Sierra Maestra. Lo mismo sucede con la obra de Jack Brady, *Ninety Miles to Hell*,¹⁸ en la que se aprecia tanto su interés por la difusión de los documentos referentes a la política seguida por Castro —a la cual presenta de manera favorable—, como su franca oposición al régimen de Batista.

Pero el más destacado resulta ser el libro de Jules Dubois, sobre todo porque contempla su preocupación social y profesional enmarcada por la lucha en Cuba. Su caso, a través de *Fidel Castro. Rebel, Liberator or Dictator?*, es un modelo del tipo de actitudes que se reflejaron en las publicaciones que durante 1959 dirigieron su atención hacia el líder guerrillero y el avance revolucionario.

A raíz de su contacto con los hechos, Dubois escribió un libro que refleja que en su labor profesional hubo un compromiso político-social del que no se podía sustraer. Allí la intención era la de mostrar la posición que Castro tenía en el año que, junto con sus “barbudos”, logró el triunfo de la revolución.

La obra, que estuvo en el mercado en marzo de 1959, mantuvo la simpatía que desde tiempo atrás había mostrado el autor hacia Castro. Así se entiende el que Dubois asumiera de inmediato la postura de oposición hacia el dictador cubano, a quien se refiere en la dedicatoria del libro escrito en honor a su esposa, quien —dice Dubois— “sufrió mil torturas durante mis viajes a Cuba, desgarrada por las luchas, especialmente cuando el dictador Fulgencio Batista nos impidió

¹⁵ Ruby Hart Phillips, *Cuba, Island of Paradox* (Nueva York: McDowell Obelensky, 1959).

¹⁶ Ray Brennan, *Castro, Cuba and Justice* (Nueva York: Doubleday, 1959).

¹⁷ Hebert L. Matthews, *Revolution in Cuba. An Essay in Understanding* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1975). Esta obra no hace ni una mínima referencia a Dubois.

¹⁸ Jack Brady, *Ninety Miles to Hell* (Nueva York: Jack Brady Associates, 1959).

toda comunicación por teléfono y por correo”.¹⁹ Es una presentación que define desde un principio el aspecto negativo, dictatorial, de la persona en contra de quien se centraban los objetivos revolucionarios. Así preparaba al lector mediante una comparación entre el sufrimiento representado por la figura del dictador y la esperanza de libertad que Castro encarnaba. Inicia la presentación del revolucionario, quien a lo largo de su lucha había mostrado honestidad en las acciones que había emprendido; una honestidad que garantizaba bajo el argumento de que sería la historia quien le absolvería de las condenas que se pudieran aplicar. Eso se demuestra con la selección que hace de la frase célebre de Castro, que a la letra dice: “¡Condenadme! ¡No importa! ¡La historia me absolverá!”; que utilizó el revolucionario para nombrar al texto sobre el juicio que el gobierno de Batista le hizo luego de los acontecimientos de 1953, cuando se atacó bajo su mando al Cuartel Moncada.

En su introducción, fechada en febrero de 1959, en La Habana, el autor caracteriza al dictador latinoamericano y lo identifica con Batista (no obstante, a más de cuarenta años de distancia, algunas de las menciones se aplicarían a la situación que hoy se vive en Cuba y que personifica Castro. Así, con la presentación de Dubois se puede realizar un análisis para probar que la revolución no siguió el mismo curso que se había planteado en un principio). Se materializa la intención de contrastar las características del dictador latinoamericano con la nueva figura histórica (Castro), en la que el pueblo cubano “encontró al caudillo a quien estaba dispuesto a seguir para luchar por su pérdida libertad”.

En el libro llama la atención la inserción de un documento peculiar: una carta con membrete de la “República de Cuba. Ejército Revolucionario. Comandancia General”, en la que Castro, con fecha del 14 de febrero de 1959, escribe al autor para decirle que sabe que está escribiendo un libro. De aquélla sobresalen los siguientes comentarios:

No sé qué es lo que usted escribirá, ni las opiniones que expondrá en el libro. Toda persona, en la sociedad de naciones libres —y aun en aquellas oprimidas bajo los talones de los dictadores—, tienen dere-

¹⁹ Dubois, *Fidel Castro...*, 5.

cho a expresar su opinión. Bajo la tiranía de Fulgencio Batista el pueblo de Cuba estuvo privado de ese derecho.²⁰

Para Dubois, quien se distinguía como un luchador por la libertad de expresión, era fácil ver en Fidel a un hombre con la posibilidad de alcanzar un desarrollo positivo en ese sentido. Su experiencia del acoso de Batista lo hacían abrigar esperanzas de cambio con la llegada de Castro. Así, exaltarlo era promover una lucha de la que el mismo Dubois se sentía parte. La respuesta a su texto estaba clara de antemano. Castro no era, de ninguna manera, un dictador, pero sí un rebelde que luchaba por ideales que lo convertirían en libertador. Aunque el periodista estadounidense nunca lo dice explícitamente, con la lectura se corrobora su postura.

Al volver la mirada a esas expresiones de apoyo a la Revolución cubana, es posible percatarse cómo se fue generando un cambio, tanto en la política cubana como en la recepción que se tuvo del proceso en el exterior. Con la revisión historiográfica es posible apreciar que el ideal por el que la revolución avanzó con un verdadero apoyo popular no se mantuvo constante al paso de los años. Asimismo, se advierte que entonces estaba lejos de aceptar la posibilidad de que la revolución mantuviera una tendencia hacia el comunismo. En este sentido, puede mencionarse la referencia respecto a los antecedentes de lucha política caribeña, como el caso de la Legión del Caribe, que Dubois menciona al informar sobre la participación de Castro en ella, cuando en 1947 se organizó la intentona de derrocar a Trujillo del gobierno dominicano:

La operación era subvencionada por un exiliado dominicano, el general Juan Rodríguez, y dirigida por naturales de aquella isla, con voluntarios de Cuba, Venezuela y otros países del Caribe. Tres mil hombres se estaban entrenando para zarpar en embarcaciones sobrantes de la guerra compradas a los Estados Unidos. El gobierno cubano hacía algo más que cerrar los ojos ante tales maquinaciones. En realidad, parecía alentarlas y hasta prestarles ayuda.²¹

²⁰ *Ibid.*, 8. Traducción citada en la edición en español, al pie de la copia de la carta.

²¹ *Ibid.*, 17.

La posible semejanza entre las ideas expresadas en los libros antes citados permite afirmar que en todos éstos apareció una interpretación global que fue adoptada por integrantes de todos los sectores de la sociedad estadounidense.

Mostrar que la presencia de ese conjunto historiográfico repercutió verdaderamente en la opinión pública en general, así como detectar la existencia de otros puntos de vista, se puede alcanzar gracias a una lectura de documentos que, aun cuando datan de 1959, no fueron accesibles para el lector común y, en ese sentido, no generaron una alternativa que acompañara a la interpretación que predominó, o sea la de los libros que simpatizaban con Fidel.

LA POSTURA OFICIAL

La visión que se proyectaba en los medios periodísticos o bibliográficos era la prevaleciente en la mayoría de la población estadounidense, pero no la única en esa sociedad. Sin embargo, sí marcó la pauta adoptada en 1959 hacia el caso cubano. Antes y ahora se ha criticado a Castro por haber efectuado una manipulación en reporteros o escritores, de haberle hecho la corte a los intelectuales a fin de obtener sus favores. Aunque ese comportamiento se ha mantenido como una práctica actual, en los días cercanos a 1959 puede mencionarse la publicación del folleto titulado *Algunas verdades sobre Castro*, donde se denuncia la actitud “subversiva y comunista” de Hebert Matthews.²² Es obvio que para Castro era importante la difusión de sus objetivos y avances en el plano político social, pero debe pensarse que, en quienes supuestamente actuaron como simples difusores de la revolución, también se manifestó un ferviente deseo de apoyar el proceso, pues significaba una oportunidad llena de ideales en los que se tenía plena convicción. Se comprueba fácilmente que en los años iniciales de la lucha insurreccional, y en el primero de la revolución,

²² La obra aparece bajo la autoría de J.B. Matthews (catalogado en el Instituto “José María Luis Mora” con la posible fecha de edición del año 1959, sin contar otros datos de su impresión). Como ejemplo relativamente más cercano a nuestros días, pero donde se continúa esa actitud, véase la obra de Wallach, *Fidel Castro...*

Castro era un verdadero símbolo para quienes aspiraban a erradicar las dictaduras represivas, terminar con el hambre mundial, con la sobrepoblación y con todos los problemas generados por esos factores. Esa imagen sin duda había hecho mella en la mente de muchos ciudadanos.

Los dirigentes del gobierno estadounidense conocían esa identificación popular con la lucha de Fidel, situación con la que, evidentemente, no podían luchar, pues significaba oponerse a una fuerte opinión pública que podría voltearles la espalda y tomarlos como enemigos con los que se debía seguir luchando; además, adoptar una postura contraria a la revolución sólo acentuaría la idea de la necesidad de ratificar la proyección del cambio social, tal como lo mostraba el comportamiento de lucha seguido por Castro. Cuando Batista salió con destino a la República Dominicana, el embajador estadounidense recibió un cable con la orden de no hacer nada que a Matthews u otros reporteros les permitiera, a través de las noticias, señalarlo como una posible intervención de su país. Además, se le pidió a Smith que fuera a Washington de inmediato.²³ En apoyo a esta influencia de los informadores estadounidenses sobre el gobierno de su nación, está la siguiente cita: “La política cubana del Departamento de Estado no fue determinada por Matthews, pero los medios influyeron en la restricción del número de opciones que el gobierno de Estados Unidos pudo haber perseguido o intentado”.²⁴

La insistencia de las fuentes estadounidenses en no creer en la línea comunista del castrismo tuvo repercusión en las propias esferas de gobierno, según indica la cita anterior sobre Smith, en la cual claramente se advierte que no deseaban que la respuesta oficial fuese mal interpretada. Por otro lado, en esa tranquilidad de los dirigentes estadounidenses también influyó el hecho de que en Cuba existía un sector moderado participante en las actividades del proceso de cambio, lo que se tomó como suficiente para impedir el posible “avance rojo”. Esta creencia predominó en los primeros meses de 1959, aunque tuvo más fuerza en la etapa previa al triunfo, como lo evidencia

²³ Jenkins, en “Initial American Responses...”, 156, hace esta afirmación y cita al propio Smith, *Fourth Floor...*, 193-194.

²⁴ Jenkins, “Initial American Responses...”, 157.

la carta que envió el Frente Civil Revolucionario al presidente Eisenhower, con fecha del 26 de agosto de 1958, firmada por el doctor José Miró Cardona, en la cual se afirmaba la distancia que existía entre el movimiento cubano y la ideología comunista. En el mismo documento destaca el agradecimiento de esa agrupación en el sentido de que el gobierno estadounidense no hubiera acusado al movimiento cubano de ser movido por “rojos” intereses,²⁵ lo que sin duda causaba en Eisenhower una mayor confianza en la posibilidad de controlar sin problemas el asunto de la isla.

Otra importante referencia sobre la recepción en Estados Unidos acerca de la presencia de Castro en la vida política cubana, la ofrece un documento que escribió Richard Nixon luego de la entrevista con Fidel Castro, el 19 de abril de 1959. Del testimonio del entonces vicepresidente de Estados Unidos en una de las partes dice:

My own appraisal of him as a man is somewhat mixed. The one fact we can be sure of is that he has those indefinable qualities which make him a leader of men. Whatever we may think of him he is going to be a great factor in the development of Cuba and very possibly in Latin American affairs generally. He seems to be sincere, he is either incredibly naive about Communism or under Communism discipline [...]. But because he has the power to lead to which I have referred we have no choice but at least to try to orient him to the right direction.²⁶

Este apartado, correspondiente a un comunicado descubierto en 1980 entre los “papeles privados de Mansfield” que se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Montana, lo publicó —junto con algunos comentarios adicionales— Jeffrey J. Safford en la revista *Diplomatic History*. Safford señala allí una verdad contundente: a saber, que mientras la cobertura periodística se realizó con amplitud

²⁵ La carta íntegra se encuentra en Irving Peter Pflaum, *Tragic Island, How Communism Came to Cuba* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall, 1961). Otra obra de Pflaum en la que también manifiesta una postura contraria a la revolución es *Fidel of Cuba: Portrait of a Controversy* (Nueva York: American Universities Field Staff, 1960).

²⁶ Richard Nixon a Mike Mansfield, 25 de abril de 1959, ser. 22, Leadership Files, Container 44, File Folder 12, *Papers of Mike Mansfield*, University of Montana Library, publicado por Jeffrey J. Safford, con breves comentarios, como “The Nixon-Castro Meeting of 19 April 1959”, en *Diplomatic History* 4, no. 4 (primavera de 1980): 431.

en cuanto a las apariciones públicas de Castro se refiere, el conocimiento de los documentos oficiales sobre las entrevistas del cubano con miembros de la administración de Eisenhower ha sido un proceso lento, y en el que prevaleció el deseo de mantener todo en un profundo hermetismo.

Al leer el documento se aprecia la distancia que Nixon observaba entonces entre Castro y el comunismo, mostrando una cierta ambivalencia sobre el revolucionario, a quien veía hasta con simpatía, pero a quien se propone “orientarle en el camino correcto”, aun cuando encuentra en él razones para tenerle ciertas reservas. Según el propio Nixon, los temas que se trataron fueron el “meet the press”, que fue la presentación del líder cubano ante la prensa estadounidense; las elecciones en Cuba, sobre las que Castro explicaría que su pueblo mostraba temores debido a las experiencias del régimen anterior; la justificación de las ejecuciones contra los antiguos aliados de Batista; mismas que se apuntaban como “deseos populares cubanos”; el desarrollo económico, en el que entraba el punto de las inversiones de capital extranjero, y al que Nixon relacionaba con la actitud del gobernador puertorriqueño Luis Muñoz Marín, en el sentido de que éste había mostrado preocupación por atraer capital privado para elevar el nivel de vida de los habitantes de aquella otra isla caribeña. Nixon le recomienda a Castro que consulte a Muñoz Marín y recuerde que éste había sido uno de sus más fuertes defensores. Según el funcionario estadounidense, Castro sí reconoció el apoyo de Muñoz, pero que al mismo tiempo deseaba dejar bien claro que no quería verse relacionado con él, “al menos públicamente”, lo que Nixon explica que fue motivado por la participación del puertorriqueño como abogado de una empresa de Estados Unidos y porque a Castro no le gustaba la idea de verse como líder de un país que —supuestamente— se encaminaba al socialismo.

El comentario anterior quizá genere cierta confusión, pues de inmediato aparece la pregunta acerca de cómo era posible que un abogado de una compañía de Estados Unidos podía verse como socialista. La respuesta simplemente es la relación que Muñoz Marín tuvo con la izquierda democrática, la cual, a causa de su lucha antidictatorial en el área centroamericana y caribeña, llegó a ser definida como parte de un movimiento cuya meta tenía un tinte político “rojo”. Ese argumento

contaba con un antecedente importante en la lucha librada contra el gobierno revolucionario guatemalteco, cuando Arévalo fue derrocado, luego de la invasión de 1954, para allanar el camino a Castillo Armas, jefe de la acción militar, quien llegó al poder con el apoyo de influyentes sectores políticos estadounidenses y de sus aliados regionales, como el dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

Entre otros de los temas tratados durante la entrevista mencionada están el de la reforma agraria y el del camino revolucionario que, nuevamente diría Nixon, se encontraba distante del comunismo. Según el entonces vicepresidente de Estados Unidos, Fidel Castro “en cada oportunidad aludió a sus principios democráticos” y “parecía no tener temor de la presencia comunista en la lucha por el poder”.

Nixon se percataba del intenso poder de liderazgo de Fidel, a quien recomendó que no siguiera de manera incondicional a la opinión pública, sino que debía preocuparse por encontrar los canales adecuados para dirigirla. La propuesta del vicepresidente, en concreto, era la de asumir la dirección popular, pero “no para darles lo que el pueblo piensa y quiere, sino para hacerles desear lo que ellos quieren tener”. Estas palabras son muy elocuentes para analizar la actualidad cubana, pero sorprende ver que si bien “aquella enseñanza” al joven revolucionario se convirtió en una práctica que aún se mantiene vigente en Cuba, no fue exitosa en Estados Unidos, ya que al propio Nixon no le resultó eficaz (*remember Watergate*).

Se entiende que Nixon se ajustara a esa postura debido a que en ese momento no había elementos contundentes para creer en el avance comunista en Latinoamérica, posibilidad que, aun cuando se impulsó desde Estados Unidos como mecanismo de justificación del sometimiento de los gobiernos que afectaban intereses de su gobierno o de sus ciudadanos, para el caso de Cuba en 1959 no alcanzó la aceptación que sus promotores hubiesen deseado.

En los libros publicados en 1959 que difundían los acontecimientos en Cuba no se aludió a las actitudes de Castro contra el gobierno estadounidense. En los documentos oficiales se resaltó la existencia de los ataques que Fidel Castro lanzó hacia esa presencia. A través de la información ofrecida por Daniel M. Braddock, entonces encargado de negocios de Estados Unidos en Cuba, se sabe que en febrero de 1959, Castro, al hablar de las ejecuciones de batistianos, incitaba

a los “gringos” a responder con el envío de *marines* en caso de que no estuvieran contentos con esa situación. Asimismo, se alude a las referencias del líder en las que habla de la agresión que “el norte” practica con la invasión de sus negocios en Cuba.²⁷ Esa actitud se veía como una simple práctica destinada a ganarse la opinión pública, es decir, no se tomó como un verdadero peligro para la política estadounidense. Sin embargo, había sectores que no tomaban así las cosas, por ejemplo, la consideración de Allen Dulles, entonces director de la CIA, quien promovía la necesidad de darse cuenta de que el régimen cubano se mostraba proclive al arribo del comunismo en América Latina.²⁸ Tres semanas antes de que Castro viajara a Estados Unidos, Dulles dijo al presidente Eisenhower: “El régimen de Castro está moviéndose hacia una completa dictadura”, y aunque no existía un dominio comunista, los seguidores de esa corriente trabajaban en los sindicatos, las fuerzas armadas y otras organizaciones.²⁹

Pero mientras las posturas opuestas a Castro se quedaban en círculos reducidos, las manifestaciones a favor circulaban entre los ciudadanos estadounidenses, lo cual restó importancia a la existencia de cualquier otra apreciación, incluso en las esferas gubernamentales se reconocía ese hecho. Contrariar las muestras de elogio a la experiencia castrista se entendió como un asunto delicado. Así se comprueba en los comentarios de Henry A. Hay, funcionario del Departamento de Estado, cuando escribió a Ray Richard “Dick” Rubottom, secretario de Estado Asistente para Asuntos Interamericanos (en una carta del 28 de julio de 1959), que para él el error más grande que podría hacerse sería el dar la impresión de que se quería ver fuera del espectro político a Castro, o que se pudiera hacer cualquier cosa para motivar su salida. Este diplomático creía en la inminente caída de Castro por su propio peso, y que había que esperar el momento para encargarse del asunto.³⁰ Fue preferible para estos funcionarios gubernamentales recomendar que se adoptara una política conciliatoria, debido a su

²⁷ Jenkins, “Initial American Responses...”, 174-175.

²⁸ *Ibid.*, 186-188.

²⁹ Philip W. Bonsal, *Cuba, Castro and the United States* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1971), 186-187. Bonsal toma el dato de Dwight Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace, 1956-1961* (Nueva York: Doubleday, 1965), 253.

³⁰ Jenkins, “Initial American Responses...”, 192.

interés por no convertir a Castro en mártir ante los ojos de los habitantes estadounidenses y latinoamericanos.

El 7 de enero de 1959, Estados Unidos reconoció al gobierno provisional de Cuba, lo que no era extraño, pues en las propuestas políticas del movimiento revolucionario cubano no se avizoraba ningún acercamiento a una política contraria a los intereses de Estados Unidos; su gobierno así lo veía y, por lo tanto, no se apresuraba para atacar al nuevo proceso político en Cuba. Al contrario, su política había adoptado algunas medidas en perjuicio del poder de Batista y en un consecuente apoyo a las filas rebeldes, una muestra relevante es el embargo de armas que debían haberse enviado al ejército del dictador.

La política de Eisenhower en ese año se mostró conservadora y defensora del ideal de no intervención. Ésa es la respuesta del porqué no se presionó a Castro para indemnizar a los perjudicados por la expropiación de las propiedades estadounidenses. En marzo de 1959 se habían intervenido los hoteles Hilton, Capri, Nacional y el Habana Riviera, así como las compañías eléctrica y telefónica, sin embargo, como se ha visto, la euforia existente en la ciudadanía estadounidense y la moderación de su gobierno proporcionaron a Castro espacios de movilidad que posibilitaron que actuara con independencia.

A mediados de octubre, la embajada de Estados Unidos protestó por primera vez ante los ataques de Castro. La primera semana de noviembre, Eisenhower aprobó de manera secreta una nueva política destinada a debilitar el régimen de Castro.³¹ Se formuló un programa de guerra clandestina, de incursiones militares, sabotaje y subversión económica y política que inició durante el periodo de Eisenhower, con la participación de Nixon en su creación; sin embargo, incluso durante las administraciones de John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson y el propio Richard Nixon, continuó el funcionamiento de lo que se conoce como Cuba Project.³² Con el lanzamiento de ese proyecto se verifica que es sólo a finales de 1959 cuando se inició la verdadera confrontación cubano-estadunidense. Como acontecimientos centrales de la ruptura destacan la eliminación de las leyes civiles, la sali-

³¹ Bonsal, *Cuba, Castro...*, 6.

³² Warren Hinckle y William W. Turner, *The Fish Is Red. The Story of the Secret War against Castro* (Nueva York: Harper and Row, 1981).

da del presidente provisional, Manuel Urrutia, y la del primer ministro, José Miró Cardona, el abandono de la Constitución de 1940, los juicios y ejecuciones, que habían sido calculadas en 550,³³ así como la ayuda para formar fuerzas guerrilleras cuya intención era actuar en República Dominicana, Panamá y Nicaragua. De esa manera se perdía el apoyo de casi todos los medios noticiosos y del Congreso de Estados Unidos, dando paso a la visión estadounidense en la cual la interpretación de Castro como comunista pasó a primer plano.

CONCLUSIONES

Mediante la presentación y análisis de las distintas percepciones sobre un mismo hecho o personaje, pueden señalarse algunos alcances logrados en este trabajo. Se pueden precisar ciertas afirmaciones que eran demasiado generales y que, en un plano más reducido, se convierten en parte de una interpretación poco fiable. El hecho de tomar las relaciones entre Estados Unidos y Cuba como una confrontación desarrollada durante el proceso revolucionario, se convierte en un mito. Asimismo, se puede entender la participación, por parte de la representación estadounidense, tan peculiar e importante sobre Fidel Castro. Más allá de las posiciones que defiendan las instancias gubernamentales, o plantear la responsabilidad de los medios en la consolidación de la presencia de Castro en el poder del gobierno cubano, es innegable que la visión estadounidense conformó un gran conjunto que, a través de la admiración, identificación y lucha por los ideales revolucionarios, contribuyó en la formación de fenómeno tan particular en la historia. También se cotejaron las diferencias entre la historiografía latinoamericana y la estadounidense, en la que la primera dejó de lado la existencia de sectores de gran influencia en el proceso mismo; mientras que la segunda mostró un claro entendimiento sobre ese asunto. Otro resultado sobresaliente del presente artículo es el aspecto que posibilita la identificación de la manera como la producción historiográfica se desarrolla a través del tiempo y refleja los principales sueños, ideas y proyectos políticos que se for-

³³ Jenkins, "Initial American Responses...", 174.

man en las sociedades donde nacen las visiones sobre el proceso cubano. Pero lo fundamental es señalar que, en 1959, no fue preponderante la idea de que Cuba se encaminaba al bloque soviético, lo cual sucedería años después, influyendo esa circunstancia en la producción historiográfica que reflejaría nuevas formas de interpretar al polémico líder cubano.